

Globethics Repository



La desocupación [unemployment]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Santos, Hugo N.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-17 04:27:44
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155565

La desocupación: un enfoque desde la psicología pastoral*

Hugo N. Santos

Unos meses antes que esta publicación apareciera, una alta autoridad del Ministerio de Trabajo de la República Argentina fue reportada por radio. Ante la pregunta acerca de qué era lo que pretendía lograr en vías de resolver la cuestión de la desocupación en el corto y mediano plazo, así como quien intenta asumir una actitud optimista, dijo que se conformaba con que el problema no se extendiera. Tal postura distaba de la actitud electoralista de los políticos candidatos, en época de elecciones, prometiendo la baja de la tasa de desocupación en poco tiempo después de su llegada al poder.

El aumento de la desocupación es un hecho económico, social e histórico, pero tales hechos son productores de efectos en la subjetividad de las personas. Más aún, moldean y remoldean a las personas y sus vínculos.

Sobre este último aspecto quiero reflexionar procurando entender que esta problemática tiene muchas facetas en relación con las cuales la iglesia no puede sólo lamentarse, sino que debe intentar respuestas que partan de una estrategia conscientemente reflexionada a la luz de la fe y la realidad.

El trabajo como hecho humano

Entender la problemática de la desocupación implica, necesariamente, comprender lo que supone el trabajo en la vida humana. Para decirlo en pocas palabras: para hablar del no trabajo debemos comenzar a reflexionar sobre el trabajo.

El trabajo alude a una capacidad específica, de los humanos de producir los medios para su existencia, distinguiéndose por ello de los animales por su posibilidad de superación y creación. El trabajo implica esfuerzo, energía y capacidad humana dirigida a la creación de algo que no estaba.

Todo trabajo es una actividad, pero no toda actividad es un trabajo. Éste deviene como tal en la medida que produce algo que antes no estaba. Esta condición orienta el sentido de tal actividad combinando, aunque suene contradictorio, producción y reproducción que tiene como finalidad la satisfacción de necesidades, pero al mismo tiempo es organizador de las relaciones sociales. De tal manera que la actividad trabajo ejerce un lugar importante en el proceso de producción de la vida social y una función simbólica que promueve significaciones.

El trabajo provee de un marco estable y previsible a lo cotidiano. Estructura las costumbres, los ritmos, los hábitos, no sólo del trabajador sino también, de alguna manera, de su familia. Pero no sólo respecto de ésta. El trabajo provee de una fuente significativa de vínculos extrafamiliares que enriquecen cada día, afirman la pertenencia social y amplían los horizontes más allá del sujeto mismo.

Se crea la sensación de estar respaldado socialmente al participar de la organización del trabajo. Tal sensación disminuye el stress y el impacto de factores negativos en las emociones y la conducta de las personas.

El trabajo es algo así como el reloj de las familias. No sólo para la estructuración de los ciclos diarios sino para la previsión y desarrollo de los tiempos a mediano y largo plazo. Dicho de otro modo y ahora para verlo en su versión negativa: la desocupación afecta la temporalidad en su dimensión circular (los tiempos diarios que se repiten) y en su forma lineal y progresiva como suceder en el desarrollo de la vida.

El trabajo también educa al crear espacios de acciones en común, proponiendo metas que deben lograrse en conjunto. Educa, enseñando a trabajar en organizaciones, en grupo, en solidaridad. Por esta razón el trabajo es un sostén básico de la identidad, el "quien soy" de cada persona. Una de las preguntas que se suele hacer a los niños es ¿qué vas a ser cuando seas grande?. Fijémonos: no preguntamos qué vas a hacer. Desde pequeños ligamos nuestra identidad a nuestra identidad profesional o laboral. La famosa cuestión de la vocación tiene que ver más con el quién ser que con el qué hacer. Somos aquello que hacemos, aquello de lo que nos ocupamos. Por eso la gente dice "soy ingeniero", "soy carpintero" o "soy agricultor". Valoramos nuestra actividad en la medida que satisface nuestra autoestima. Más aún si la persona tiene la seguridad que la capacidad productiva propia es apreciada, valorada por otros miembros de la sociedad.

La identidad de la persona nunca se estabiliza de manera definitiva. Es dinámica y necesita de una permanente confirmación. Si tales confirmaciones no se

dan, la persona puede caer en una crisis de identidad que le impide reconocerse a sí misma y diferenciarse de los otros. La identidad es una característica del orden de lo particular que opera en la intersubjetividad. La realización de uno mismo está vinculada a la mirada del otro. Tal mirada está muy relacionada con el reconocimiento del trabajo: la persona accede a sí misma por el hacer y el reconocimiento que hace el otro de tal acción. Por ejemplo: se sabrá abogado en la medida que tenga clientes u oyentes que lo reconozcan como tal.

Hasta tal punto el trabajo contribuye a la realización personal que puede suplantarse o aliviar las carencias afectivas de la vida. En otras palabras: la construcción de la identidad depende de la intersubjetividad tanto en la relación amorosa como en la relación laboral. Por esta razón, el seguro de desempleo o algún otro subsidio especial no son suficientes para el bienestar emocional de quien pierde su trabajo.

El trabajo es una base importante en cuanto a la realización individual y comunitaria de la persona. Esta realización es el lugar real de la democracia. La eficacia de un sistema social podría medirse (debería medirse) por la cantidad de gente que se siente realizada. Hay democracia plena cuando las personas pueden generar las condiciones para sentirse productoras de su propia vida y no objetos de la voluntad de otros. Cuando su trabajo puede estar en función de sus valores, su placer, sus necesidades y sus talentos y no simplemente generarse a partir de la necesidad de asegurarse la subsistencia. Si la propia conservación y de los más cercanos pasa a ser el único motivador del trabajo, el crecimiento y la satisfacción de las personas quedan comprometidos.

En el proyecto capitalista se mide la productividad independientemente de la motivación del sujeto trabajador. Así el trabajo se organiza según los parámetros de la organización científica. Ésta dio forma al cambio del sentido original del trabajo y lo transformó en un medio para ganar un salario.

Por eso, la problemática de la desocupación es sólo una de las dimensiones, aunque actualmente sea la más preocupante, respecto a la cuestión del trabajo. Sólo para prender una de las luces rojas: la mayoría de las personas que trabajan en nuestras sociedades conocidas no se sienten plenamente realizadas con su actividad, más allá del dinero que ganan. Para muchas personas, demasiadas, el trabajo es una fuente de sufrimiento¹. Pero aun cuando el dinero no debe ser la única mo-

¹ Sobre la cuestión del trabajo como hecho humano un texto fundamental es «Organización del trabajo y la salud De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo» de Dominique Dessors y Marie Pierre Ghilho-Bailly (comp.). Editorial Lumen. En el texto se abordan temáticas escasamente frecuentadas dentro de la ciencias sociales del trabajo. De Christophe Dejours, también es importante, sobre el tema «El factor humano» de la misma editorial.

tivación para el trabajo, no podemos soslayar esta dimensión cuando hablamos del trabajo. En nuestra sociedad el dinero es una especie de garantía social: quien no pueda incluirse en la circulación y producción del dinero, no tiene existencia social (uno puede incluirse sin trabajar por una paga, pero para ello necesita contar con el trabajo asalariado de otro). Por eso, si el dinero es la máscara bajo la cual se encubren muchos contratos interpersonales y si aceptamos que el dinero tiene que ver con todo: pareja, hijos, familia de origen, creencias, principios éticos, proyectos, evaluación del pasado, el desocupado vive una transformación vital de la que pocas veces se dan cuenta quienes nunca se sintieron en tal situación.

De modo que el trabajo se lleva a cabo por una doble vía: es desde lo social, un modo de acción que pertenece a una particular estructura productiva y, a la vez, desde la persona, tal como el psicoanálisis nos enseña, una demanda inconsciente del sujeto para quien la producción constituye la descarga de una tensión de la que el yo se libera mediante la actividad, produciendo un acto creador.

¿En qué mundo estamos metidos?

No es el propósito de este artículo analizar a fondo los factores históricos, económicos y sociales que producen la desocupación, pero no podemos soslayarlos porque ellos producen efectos en la subjetividad de las personas moldeando a las mismas y a sus vínculos.

Algunos pocos datos oficiales, de Argentina, pueden ser significativos: Se considera población económicamente activa a la suma que resulta de las personas que trabajan (los que reciben alguna retribución económica por, al menos, una hora en la semana) más las personas desocupadas que buscan trabajo. Tal PEA, como se le llama, es del 42,8 %. La tasa de desempleo resulta de la cantidad de personas desocupadas, que buscan trabajo, sobre la PEA. Tal cifra es del 16,4 %, según las estadísticas oficiales del Ministerio de Trabajo, de mayo de 2001, habiendo subido el 1,7%, en sólo 6 meses, tomando la estimación anterior. En un año, según la misma fuente oficial, hay 206.000 desocupados más. Según una Consultora confiable de este país, 4 de cada 10 familias tienen, por lo menos, un desocupado en la suya, y más del 70% de los que trabajan, según varias encuestas, tiene una sensación de inseguridad respecto a su estabilidad laboral. A los datos citados habría que agregar el número de subocupados (aquellos que trabajan menos de 35 horas semanales y quisieran trabajar más) que es del 14,9 % de la PEA.

Toda esta información nos permite entender lo que algunos han llamado el "chantaje histórico de la crisis". Los empresarios no ignoran que la situación de

desempleo generalizada promueve la limitación de ciertos derechos laborales históricamente adquiridos. En Argentina, antes de decretarse leyes que marchaban en esa dirección ya hacía tiempo que la llamada "flexibilización" era un hecho. Eduardo Pavlovsky en su obra "El Señor Galíndez" ponía en boca de un torturador estas palabras: "Por cada uno que tocamos, mil paralizados de miedo, nosotros actuamos por irradiación". Según este razonamiento, la desocupación que actúa como amenaza de desocupación es como un chantaje a nivel general que presiona para que la gente acepte condiciones laborales de bajas remuneraciones y pocas garantías.

Digámoslo así: la desocupación no sólo funciona generando crisis personales, vinculares y familiares sino también "disciplina" a los ocupados, desprotegiéndolos y creando condiciones de precarización en el mundo del trabajo. El empleador puede testear con más facilidad al candidato y a su capacidad de adherirse a las normas que se le imponen en el trabajo.

Las rebajas salariales son una alternativa más benigna a un eventual despedido. El tema de las condiciones y el medio ambiente, que en otros tiempos era importante en las discusiones con los gremios, casi no se mencionan y no existen reclamos laborales al respecto.

Frente a esta situación no podemos menos que notar una continuidad histórica que emparenta los miedos producidos por el terror de Estado, vivido en varios países de América Latina, con el miedo que la falta o la posible falta de trabajo provoca. Un sociólogo francés, Robert Castel en "La dinámica de los procesos de marginalización", tomando como eje el trabajo y las relaciones sociales, distingue tres zonas en la sociedad: *zona de integración*, *zona de vulnerabilidad* y *zona de desafiliación*, logrando un cuadro que va desde los que tienen trabajo y mantienen sus vínculos, pasando por los que está en riesgo su trabajo y la integración social y llegando a los que no tienen lugar en el sistema productivo y la vida de relación social.

Los intentos de "socialismos" y "nacionalismos" defensivos, en el presente siglo, nacidos para enfrentar, de acuerdos a las proclamas iniciales, la miseria, la desigualdad y la injusticia no han logrado sus objetivos. Lo que pareciera la clausura del porvenir, en términos de acabar con estos problemas, ha degradado el discurso político a una forma pragmática y deshistorizada que lo ha desacreditado ante la conciencia de la sociedad, pese a las ilusiones que se generan por momentos.

La sociedad capitalista ha globalizado de tal manera su estilo de producción

y distribución, subordinándolos a la consigna de la ganancia, que pareciera que el ambiente humano se presentara, por momentos, como una dificultad para su continuidad. La explotación del trabajo y la corrupción corroe el interior mismo de la comunidad del planeta. Vivimos en un sistema social decadente cuya estructura para subsistir necesita de la debilidad de sus miembros para poder manipularlos y vivir a costa de esta debilidad.

La decadencia a la que aludíamos está en función de la imposibilidad de alternativas. El discurso desde el poder alude a que el mundo se quedó sin un sistema alternativo. Este es un elemento importante de la así llamada globalidad. Una frase típica de desocupados o gente que vive condiciones laborales de precarización es "no tengo alternativas".

Si un sistema, sea social, familiar, personal no crea alternativas es decadente. La decadencia se mantiene sobre la base de la debilidad de su gente. Esta debilidad libera siempre una cuota de poder a favor de los poderosos. Aquello a lo que se renuncia, producto de la resignación, alguien lo toma y lo utiliza en beneficio propio para manejar al que está en una débil situación. La desocupación no aparece por casualidad, descuido o impericia. Si es necesario generar debilidad, ¿dónde mejor para pegar a la persona que con la desocupación?.

Si el trabajo dignifica, crea protagonismo, más todavía cuando es creativo, la desocupación tiende a generar la pérdida de la dignidad. Si alguien pierde la dignidad se expone a que alguien lo "compre". Perder la dignidad está ligado a la pérdida de ideales. Esto se ve claro en muchos jóvenes que sienten que viven en una sociedad que no genera trabajo, pero que obliga a trabajar para que el sistema subsista.

Si se pierden los ideales y la fuerza para continuar y crecer, lo que se pierde fundamentalmente es el sentido de la vida y el valor de generar un proyecto de vida. Cuando esto sucede, la gente se aferra a lo que se le ofrece para consumir y tranquilizarse. Cuando la dimensión del futuro se cierra dentro y fuera del sujeto, se pierde la posibilidad de tomar decisiones libres y la persona, aunque no se dé cuenta, queda determinada por el miedo.

La necesidad de trabajar, cuando las condiciones laborales se tornan precarias, hace muchas veces que el individuo traicione sus valores, con el consiguiente sufrimiento moral. No sólo siente incertidumbre respecto a sus posibilidades futuras, sino que se ve a sí mismo obligado a aceptar condiciones laborales que reprue-

ba, las que lo llevan a una creciente desvalorización. En los casos de precariedad laboral, la dependencia económica que se genera con el empleador se potencia por la dependencia psíquica de modo parecido a una droga adictiva: el placer está excluido, pero no se puede cambiar ni elegir otra cosa. Se usa un mal "calmante" que, en ese contexto laboral, proteja del riesgo de un desequilibrio psicofísico mayor. Esto excluye al sujeto como persona y lo obliga a adoptar una falsa identidad. La personalidad debe adiestrar el cuerpo, reprimir las emociones y normatizar las relaciones interpersonales. En los trabajos temporarios la amenaza latente es mayor todavía.

La necesidad de no perder el trabajo hace muchas veces que el mimetismo con la empresa y la competencia con los pares no dé lugar a la confianza ni a la solidaridad, preocupación y respeto por el otro. Por el contrario, esta situación lleva a la lucha para conseguir o mantener el trabajo que escasea, a una actitud vigilante y agresiva, haciendo que el individuo ponga en juego una hiperactividad que no permite la elaboración mental de lo que sucede.

Así, entonces, el individuo se somete al trabajo y va creando dentro suyo la sensación de desarraigo, de desconexión consigo mismo, con la sociedad, con su familia.

Ese desarraigo es lo que necesita este tipo de estructura perversa. Al desarraigar al individuo se puede vivir de él. Esta problemática se extiende al campo de lo religioso. El rito religioso pierde su dimensión espiritual, pero adquiere la forma de ruego para sobrevivir. Quien logre generar ilusiones para resolver problemas en el corto plazo tendrá la posibilidad de congrega multitudes para su causa.

Todo debe reproducirse por los medios de comunicación, especialmente por la televisión. Lo importante debe ser sustituido por lo impactante que generará especiales sensaciones, que darán lugar a nuevas imágenes para el impacto diario. Todo breve. Es la cultura de la inmediatez. Ficción y realidad deben entremezclarse para ser más difícil el discernimiento y desestructurar el pensamiento. Varios programas televisivos son un claro ejemplo de esto último.

El éxito rápido se premia, por lo que se invita a probar a la fortuna. Una propaganda muy difundida hace unos años decía: "Los ganadores no toman drogas". Y esta pregunta se respondía desde una tira humorística por Matías²: "¿Entonces los perdedores pueden tomar?".

² "Matías" es el personaje central de una tira humorística publicada por el diario "Clarín" de Buenos Aires.

Si hablamos de los adictos, son ellos los que expresan mejor que nadie los valores del sistema cultural, son sus mejores consumidores. Se tragan ilusiones y creen ser libres aun en el sometimiento y en la carrera desesperada. No toleran aburrirse. Quisieran que todo fuera instante, completitud, sensación oceánica. Ante un futuro cerrado, descartan riesgos, planear cosas, postergar descos.

Desocupación y género

Con la llegada de la era industrial, se promueve de un modo particular una actitud hacia el trabajo ligada a lo ético. El trabajo adquiere un enorme valor, de modo tal que la identidad y la autoestima masculina se van organizando fundamentalmente en torno al trabajo.

Este aumento de la valoración del trabajo está principalmente dirigida a los hombres y tiene una gran incidencia en la construcción de la identidad masculina. El hombre basa parte de su identidad en la posibilidad de ganar dinero y, con él, poder mantener a su mujer y a su familia. Si no aporta dinero se siente castrado, como que no es nada, prefiriendo trabajar de "cualquier cosa" con tal de no presentarse sin nada ante su mujer. Para las mujeres la exigencia era menor. Se esperaba que ellas más bien produjeran los famosos hombres trabajadores. Los ejes de la autoestima de la mujer giraban más hacia otros énfasis. Esto, si bien se ha ido matizando fuertemente en las últimas décadas, ha hecho que la mujer esté menos expuesta al resentimiento de su autoestima en virtud de la pérdida del trabajo. Trabajar y ganar dinero está pautado mayormente para el varón.³

En el libro "El varón sagrado", Juan Carlos Kreimer dice lo siguiente: "El trabajo nos da a los hombres un sentido de las cosas tan primordial como para las mujeres es su capacidad para procrear. Y del mismo modo como las madres desplazan a sus bebés un buen caudal de la energía amorosa que destinaban a su esposo, los hombres tendemos a establecer desde muy jóvenes una fuerte relación con nuestro trabajo. Esta característica se acentúa cuando ese trabajo expresa nuestra vocación, nos brinda satisfacciones económicas y reconocimiento...Podemos ser un desastre en otros aspectos de la vida, pero si mantenemos organizada el área laboral, es como si tuviéramos asegurado un lugar en la vida. Por el contrario, ser un hombre divertido, solidario, fantástico en todo lo demás, pero no tener resuelto el tema del trabajo es motivo para que uno dude de su hombría. El trabajo es lo que más nos preocupa, lo que más nos da la sensación de haber cumplido y de haber dotado de

³ Sobre el tema "Dinero y género" son muy útiles los estudios de Clara Coria en "El sexo oculto del dinero. Formas de la dependencia femenina" y "La pareja y el dinero". Ambos de Editorial Paidós.

significado a nuestra vida personal. De hecho, pasamos más horas de nuestro tiempo de vigilia en él, o pendientes de él, que con nuestra esposa e hijos. Para nosotros, es un elemento tan determinante de la autoestima como la belleza física para ellas. La esposa de un amigo, un ingeniero industrial que a los cuarenta y cinco años quedó sin trabajo, me confesó: 'Es como si le hubieran cortado un huevo. No depende sólo de que no traiga dinero a casa; tenemos algo ahorrado como para vivir frugalmente durante algún tiempo; además yo trabajo. Es la sensación de improductivo lo que lo tiene mal y lo hace subestimarse ante todo. Piensa que nunca más podrá trabajar, que no encontrará a nadie que confíe en él. Ha llegado a desconfiar de toda su capacidad'. El mundo es diferente si tenemos un trabajo que si no lo tenemos. Al igual que cuando estamos en pareja, cuando estamos 'respaldados' por un trabajo, los hombres nos quejamos de él, lo responsabilizamos por todas las cosas que no podemos hacer en la vida porque debemos trabajar, nos enfermamos por sus apremios. Lo amamos y a la vez lo odiamos. Pero ninguna de nuestras cuestiones pendientes con él es comparable al fantasma de quedarnos en la calle, ni siquiera el divorcio. Como factor de identidad, la empresa es hoy mucho más importante que hace diez, veinte o treinta años; sobre todo, ante el fracaso y la falta de respuestas de las instituciones tradicionales y la decadencia de los grupos de identificación, como las clases sociales".⁴

Es interesante que ante las políticas económicas salvajes que se implementan, cada vez son más las mujeres las que sostienen sus hogares, pero no lo ponen en evidencia para que no se dañe más todavía la autoestima de los varones.

Frente a la pérdida del trabajo hay más crisis, más presencia de perjuicios, de enfermedad, de consecuencias para el hombre. Su valor y su prestigio dependen en buena medida, de que se lo solicite para un trabajo asalariado o no sea requerido. Al menos en nuestra cultura, el hombre no está preparado para desligar su identidad masculina y autoestima de su presencia en el mundo del trabajo del mismo modo que la mujer no tiene incorporada la separación de su identidad femenina y su capacidad de procreación. También es cierto que por cuestiones culturales vinculadas al género, el hombre está menos preparado, en general, para defenderse si debe atravesar situaciones de desprestigio. Está más preparado para fomentar su estima en situaciones ligadas con el honor y el prestigio que para encontrar una fuente de autoestima en el cuidado de otros y la acción solidaria.

Cuando alguien despiden a otro del trabajo "lo echa". Esto es peor que si lo abandonara, lo niega como persona y como objeto. Justamente en una cultura donde

⁴ Juan C. Kreimer: "El varón sagrado". Planeta-Nueva Concencia.

no ser despedido es fuente y amenaza para la marginación. Quien echa, le dice al otro que no lo necesita, lo excluye de los espacios que aquél sentía como de su pertenencia que había creado con la ilusión que trabajaba mejor si se sentía parte de él. Por eso, cuando se lo echa, el individuo tiene una sensación de haber sido estafado.

Las mujeres tienen más historia en depositar su valoración en otro y también en sentirse expuestas a ser dejadas de lado. Más todavía, el hombre carece de esa experiencia y es, a veces la mujer que le protege ese prestigio. Los hombres no sabemos que la identidad tiene muchas facetas, algunas desconocidas para nosotros mismos.

A todo esto se agregan otras cuestiones más: "Pareciera que la mujer ha incorporado, por haber llevado adelante por tanto tiempo, ese trabajo llamado invisible, el trabajo doméstico no remunerado, cierta capacidad para poder tolerar una situación como la de perder el empleo. Mirando objetivamente sus posibilidades en el mercado del trabajo (no puedo ahondar más en ello porque no soy sociólogo, ni economista), se advierte que tienen una serie de recursos para arreglárselas. Empezando por el trabajo doméstico. Es raro que un hombre se proponga para limpiar casas de familia por una remuneración. Esta tarea que puede servir para 'arañar' un salario de subsistencia, está más abierta para las mujeres que para los hombres".⁵

Los estereotipos que todavía vivimos en relación con los géneros, nos hace preguntar, al tratar el tema de la desocupación, si no ha llegado el momento para considerar alternativas más flexibles e igualitarias.

Etapas vinculadas con la desocupación

En el proceso de la desocupación, podemos distinguir tres etapas: 1) La amenaza de quedar desocupado 2) El momento en que se produce la desocupación y 3) La situación de ser un desocupado.

1) La amenaza

Como se expresa más arriba, las estadísticas sobre encuestas a gente que trabaja arroja como resultado que, en Argentina, al menos, la mayoría de las personas vive esta situación. Frente a este sentimiento que puede ser torturante se desarrollan ciertos mecanismos dirigidos a amortiguar o alejar la idea de que tal amenaza se concrete.

⁵ Hugo N. Santos: "El problema del desempleo. Reportaje al Licenciado Ricardo Malfé". En "Encuentro y Fe" N° 41, 1996.

Las fantasías tienen un carácter mágico y giran en torno al "a mí no me va a pasar". Puede haber explicaciones racionales del tipo "con los años que llevo aquí, no me van a echar" y otras que se pueden activar cuando diversas situaciones rodean a la persona que trabaja (anuncio de reestructuraciones, despidos de compañeros cercanos, etc.). En el pasado, en el caso de las empresas estatales, la idea era que "las empresas del Estado son seguras". Pueden aparecer hasta ideas religiosas como "no he hecho nada para que Dios me castigue de ese modo", "Dios me proteja y nada malo sucederá".

Los intentos dirigidos a negar esta situación, van cediendo terreno a medida que no se corresponden con lo que sucede, lo que puede producir cambios en la conducta de la persona que, si bien pueden atribuirse a otros factores, están fuertemente motivados por la situación amenazante del desempleo: incremento de la ansiedad, cambios repentinos de humor, bajo nivel de tolerancia a la frustración, conflictos familiares, aumento en el consumo de alcohol y psicofármacos, trastornos del sueño (pesadillas, insomnio, etc.), ataques de pánico, problemas psicosomáticos de diversa índole, que pueden desarrollarse paralelo a una sobreadaptación laboral, como respuesta a mayores exigencias internas y externas, con las consiguientes problemáticas interpersonales surgidas en el medio laboral.

Para las personas que no trabajan en relación de dependencia las situaciones no son demasiado distintas, notándose en particular la carga que la autonomía supone y la autoresponsabilidad frente a los resultados del desastre posible.

2) El despido

Especialmente si la persona ha vivido la situación de amenaza, se experimenta, en principio, un cierto alivio que se expresa en frases del orden de "ya no aguantaba", seguido de "ahora veré que hago". Muchos retiros voluntarios estuvieron motivados en salir de la situación incierta y tensionante creados por la etapa previa. Puede haber también, en este primer momento, algunas actitudes maníacas que sirven como una defensa frente a la depresión que genera la pérdida: "qué suerte que no los voy a ver más", "trabajaré por mi cuenta", "se inicia una nueva etapa", "podré hacer lo que ansiaba tanto".

Sin embargo, en la medida que estas primeras ilusiones no logran cumplirse, las sensaciones de alivio y de euforia van cediendo, dando lugar a vivencias de frustración, desvalorización y desasosiego que se van apoderando de la persona.

El grupo de pertenencia (pareja, familia) que inicialmente suele tomar una postura solidaria, en general, va adoptando, explícitamente o no, posturas de reproche o resentimiento que amenazan la cohesión de los vínculos y van creando una sensación de marginación. El rol familiar del desocupado se halla comprometido.

En esta etapa suelen aparecer los síntomas de la etapa anterior, destacándose el aumento de la violencia, los conflictos de pareja y en la relación con los hijos. Se van instalando más fuertemente los trastornos depresivos y el uso de sustancias que procuran aliviar tan dolorosa sensación. El empobrecimiento material empuja el empobrecimiento de la propia identidad.

3) El post-despido

El desocupado y su familia van asumiendo su situación. En la medida que no se puede encontrar trabajo los síntomas descriptos pueden recrudecer. La persona entra a buscar cualquier tipo de trabajo. Pero, si no lo consigue, va restringiendo sus vínculos sociales, a veces por falta de dinero, otras por vergüenza de su estado y, en ese caso, se queda en su casa sin hacer nada, sentado muchas horas frente al televisor o en la cama perdiendo su capacidad de reacción.

La persona del desocupado

La realidad muestra que la falta de trabajo o la precariedad de las condiciones laborales ejerce un efecto nocivo mayor sobre la salud que los trabajos que se consideran "perjudiciales". De ahí que es posible hablar de una "psicopatología del desempleo". La falta de trabajo no sólo actúa como un elemento generador de angustia sino como una problemática que afecta las bases más profundas de la personalidad.

Sin embargo, no es posible hablar de los desocupados en general, sin hacer distinciones de distinto tipo que incluyen la edad, el género, etc., no olvidando que las consecuencias de la desocupación dependerán en calidad e intensidad de las condiciones psíquicas y espirituales del individuo y de la actitud de los que le rodean. Sin embargo, hay ciertos procesos internos, a los que la persona está expuesta, que conviene tener en cuenta.

El desamparo económico y social al que se ve expuesto el desocupado remite a los sentimientos más arcaicos del ser humano. Se pierden las redes de contención. La desocupación promueve en el individuo regresiones ligadas a las primeras experiencias de relación con el pecho materno y sus sustitutos. Es decir, la vivencia del alimento psíquico y material. La necesidad del mismo se actualiza a partir del "ya no lo necesitamos más".

Esto provoca mecanismos persecutorios, de desconfianza frente al mundo externo, donde coexisten la desvalorización y la amenaza de desintegración interior. Hay temor a morir de hambre, autoreproches del orden de no ser capaz de hacerse respetar y valorar. El trabajo realizado en una empresa no sirven para nada frente a los números fríos de lo económico. Se lo ha convertido en un número. A la hora de definir su situación, no tiene familia, afectos, historia.

Por eso, la desocupación cuestiona la identidad, lo personal y único que la persona posee. La identidad es constitutiva del psiquismo humano. En ella está presente la historia del sujeto, pero en particular su historia laboral. Es él el que tiene una relación importante con la empresa, sus jefes, sus compañeros. En esa empresa, pasaba buena parte de sus días. Esta empresa estaba ligada con muchas cosas significativas que le pasaron en la vida. Pero ahora, le dicen de algún modo que eso no existió, o como dicen los más jóvenes "ya fue".

Como consecuencia de la depresión que produce la pérdida y de las heridas narcisistas concomitantes, la persona tiende a retraerse y le cuesta más que antes conectarse con el otro. El tejido social que lo mantenía unido con otras personas, grupos e instituciones se esfuma. Así entonces, se instala una vivencia de duelo. El mundo de la fábrica, el banco, la empresa ya no está. Tampoco todo aquello que compartía cotidianamente. Se actualizan ansiedades primitivas de separación, de amor-odio, de vida y de muerte.

A menudo, el desocupado se autoculpabiliza, se automargina. Al ser marginado de un ámbito social tan importante como el laboral, puede caer en el aislamiento.

De hecho, a menudo se distancia de las relaciones sociales que van más allá del trabajo porque pierde algunos de los intereses comunes que tenía con sus amigos, donde la cuestión laboral tenía gran importancia. Algunos dicen, refiriéndose a un desocupado: "No tiene nada interesante de lo cual hablar, tira pálidas". El desocupado puede ser monotemático en sus conversaciones. Los cercanos a él lo evitan porque no pueden hacer nada para sacarlo de su situación, lo cual les crea cierta sensación de impotencia. Así como nos referíamos al contexto familiar, el reconocimiento social será fundamental para ayudar a la persona en su situación traumática.

Otra cuestión a tener en cuenta, se refiere a la edad del desocupado, "aquí sobresale la problemática de los extremos. Esto es los jóvenes y los viejos, en la

actualidad se podría decir que esta última categoría incluye a las personas de más de 40 años. No hablamos de viejos biológicamente, sino de edades donde se entra en una peligrosa obsolescencia en el mercado del trabajo. Los jóvenes, en la medida que ven dificultado su acceso a ocupaciones estables y sólo encuentran trabajos muy mal remunerados, se hacen más vulnerables a situaciones de riesgo para su integridad, tanto desde el punto de vista social como psíquico. Y para la gente de más de 50 años, a veces de más de 40 años, la sumatoria de la crisis vinculada con la pérdida del empleo y la derivada del temor al envejecimiento o la declinación efectiva ligada a la edad, al no poder encontrar después de un tiempo razonable un nuevo trabajo o empleo, hace a la persona vulnerable a toda una serie de trastornos que van —como dijimos— desde la amenaza de suicidio hasta las adicciones, pasando por depresiones de distinta gravedad. Puede haber también enfermedades o crisis psicosomáticas, la más temida a esa edad son las afecciones cardíacas (el infarto), que suelen estar vinculadas al sufrimiento psíquico que se deriva de la pérdida de trabajo”.⁶

Pero también es todo un tema la desocupación en los jóvenes y la imposibilidad de obtener el primer trabajo es sentido como un retraso a la entrada a la edad adulta. Al depender económicamente de los padres, de un modo demasiado prolongado, se produce un desfase cronológico que puede dar lugar a variadas situaciones.

Un capítulo especial en toda esta cuestión se refiere a profesionales desocupados o subocupados que no pueden acceder al mercado laboral. Cada vez es más frecuente la situación de los que trabajan “de otra cosa” a la que estudiaron. Los taxistas, con título universitario, son un ejemplo de esta situación. La frustración entonces se transforma en cuestionamiento de la decisión vocacional y la sensación de no ser capaz de llevar adelante la profesión elegida.

Se privatiza en la persona la culpa social siendo ésta un instrumento inducido desde las instancias de poder para ejercer el control social. La capacidad creativa, en la medida que pasa el tiempo sin encontrar trabajo, se va viendo limitada, dificultándosele al sujeto el imaginar un modo eficaz para salir de la situación

Según el análisis de M.T.Sirvent, las múltiples pobreza no se agotan en el diagnóstico de las carencias que hacen a la satisfacción de las necesidades básicas (comida, trabajo, salud, vivienda) “se trata de necesidades fundamentales, pero no

⁶ Hugo N. Santos: Op. Cit.

tan obvias como la necesidad de protección y cuidado, la necesidad de pensamiento reflexivo o entendimiento y la necesidad de participación política. Cualquier necesidad humana que no es adecuadamente satisfecha socialmente, genera procesos de exclusión y de aumento de la violencia internalizada en las relaciones sociales".⁷

Dice Elina Aguiar: "La desocupación implica una 'pobreza de protección' que por lo traumático puede acarrear una 'pobreza de entendimiento' o sea un deterioro en la construcción del conocimiento crítico sobre el quehacer cotidiano y la información cada vez más fragmentaria que se recibe. Este conocimiento nos hará detectar la violencia simbólica, o sea aquella violencia que, ejercida desde el poder, hace que le otorguemos a los hechos un sentido acorde a los intereses de ese poder. Si tenemos pobreza de entendimiento, haremos de los intereses del poder nuestro sentido común, así podemos adherir al mito, como producto de la desocupación, la no capacitación laboral; o pensar en la 'flexibilización laboral' como generadora de empleo; confundir 'estabilidad del dólar' con 'estabilidad laboral'; 'achicar el Estado es agrandar la Nación'".⁸

Si esto sucede a menudo, la desocupación puede generar pobreza de participación, impidiéndose la persona de actuar en instancias sociales existentes o crear otras nuevas alternativas. La pobreza de participación, sumado a la incertidumbre del futuro y a la imposibilidad de ponerse metas de crecimiento y progreso, fomentan la apatía y el escepticismo, perpetuando el círculo de frustración e impotencia.

Desocupación y suicidio

Quiero dedicar un breve párrafo a estos dos temas que pocas veces se vinculan entre sí. Aunque parezca extraño no existe una definición de conducta suicida que sea universalmente aceptada. Pero para entender el problema necesitamos saber qué abarca la conducta suicida. Suicida es quien se pega un tiro, se arroja al paso de un tren o se envenena. Está claro, pero qué diremos de los que tienen accidentes a raíz de los cuales encuentran la muerte, los que pierden interés en seguir viviendo, los que tienen diferentes tipos de adicciones o conductas decididamente autodestructivas, los que se hacen matar o los que están siempre arriesgando la vida.

⁷ M.T. Sirvent: "Multipobrezas, violencia y educación". 2ª Jornadas de Sociología de la UBA, 1996.

⁸ Elina Aguiar: "La desocupación: Algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales". Revista Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Tomo XX, N° 1, 1977.

El fenómeno suicida implica una puesta en acción del masoquismo llevado a su máxima expresión. Un deseo de muerte dirigido antes contra alguien, pero vuelto hacia el yo, donde se establece la identificación. El desamparo del yo predispone, bajo la ansiedad y la no resolución del conflicto, a conductas autodestructivas.

En relación con la desocupación, debemos decir que ésta no sólo puede llevar a diferentes formas de suicidio, sino que en sí misma es un suicidio crónico. Cuando hablábamos más arriba del sentido del trabajo destacábamos que el mismo es para el ser humano un asunto de la mayor significación, lo que implica decir que la satisfactoria capacidad de trabajo es una condición muy importante para su salud.

Para Freud, las características esenciales de la salud mental son la capacidad de amar y trabajar, de modo que la búsqueda de placer y de logros se constituyen en objetivos esenciales en la vida humana. La relación de la persona con estas actividades que denominamos trabajo se mantienen durante toda la vida y no pueden ser abandonadas sin alguna consecuencia para la persona.

Ninguna situación vinculada al trabajo es neutra para la salud: o bien la misma juega a favor de la realización y el crecimiento de la persona, permitiendo obtener reconocimiento y gratificación o se vuelve un factor patógeno.

La pérdida de trabajo lo lleva a una dependencia forzosa y su agresividad crece. Cuando la "puesta afuera" de la agresión y hostilidad están impedidos, se vuelven sobre la persona. Las regresiones y escisiones de la personalidad empeoran el estado de confusión y descontrol de quien debe encarar una readaptación activa, un duelo elaborado para rescatar sus valores y no hundirse en la desvalorización y el sentimiento de culpa.

Si la reparación se vuelve un acto masoquista, genera odio, la persona queda encerrada entre la destructividad y la culpa produciéndose un círculo vicioso. Justamente, el suicidio supone confusión de deseos: deseo de matar, de ser matado, de morir.

Si bien estamos aquí ante una crisis superlativa de la subjetividad disparada por la desocupación, la cuestión de las distintas maneras de autoagresión no es por cierto un tema menor a la hora de tratar esta temática.

Desocupación, pareja y familia

La crisis que supone la pérdida del empleo, arrastra inevitablemente a la pareja y a la familia. Cuando se pierde el marco de seguridad y estabilidad que suponía el trabajo resulta muy difícil suplir esta falta y no caer en la desorganización. Las personas que sienten muy insegura su situación laboral o la han perdido suelen aferrarse al marco supuestamente estable y contenedor que es la pareja. Pero tal pareja no puede reemplazar a la situación anterior. Y ante esta situación se instala el reproche.

En la pareja conyugal, el enamoramiento, sentimiento efímero, da lugar a un pasaje gradual al amor, afecto más complejo y permanente, que supone al otro más acorde a lo que es y diferente. Pero en muchos casos, especialmente en situaciones conflictivas habrá dificultades para sostener este pasaje y se intentará volver al estado inicial. Cuando este intento no brinda la respuesta esperada, se instala el reproche.

Así, ante la amenaza de pérdida de empleo o en el desempleo concreto se puede hacer una regresión a un estado de reproche. Se le pide al otro que sea lo que uno quiere y que dé lo que no puede dar. La situación de inseguridad del desempleo predispone para tal regresión. El reproche tiene una cualidad rígida y repetitiva. En la situación de desempleo se le exige al otro que opere para la recuperación de la autoestima y la seguridad perdida. Por eso, en esos tiempos, las parejas pueden pasar por momentos de solidaridad y apoyos mutuos y/o de reproches, acusaciones y violencias.

Cuando se pasa a la violencia, es decir de la fragilidad y la necesidad de ser sostenido a la búsqueda de poder sobre el otro, se crea algo así como una relación de amo-esclavo que reproduce la situación laboral. El que pega se siente fuerte y potente, pero se siente el temor por la autonomía del otro y el abandono. Situaciones como una pareja donde la mujer sale a trabajar supliendo al marido, puede ser sentido por ambos, desde la situación de cada uno, como un abandono del otro.

Por otro lado, el proyecto vital compartido, que es una característica de la pareja matrimonial se dirige a la incertidumbre, ésta es lo más seguro que se puede sentir. Y con ésta, se tambalea la temporalidad compartida en tanto que el futuro no sólo no se puede planificar sino que no se ve con claridad. La incertidumbre laboral se extiende a los hijos ¿cómo podrán ellos insertarse en el mundo del trabajo? El estudio no es garantía contra la desocupación.

Existen variedades de familia que de acuerdo con su estructura, su flexibilidad, su diferenciación de roles, podrán reaccionar de manera diferente frente a situaciones críticas. Ante la desocupación, el padre o la madre puede perder el rol de sustentadores. En ocasiones son los hijos los que se hacen cargo de la situación. A veces lo hacen pagando el costo de una sobreadaptación que los supera.

Frente a la desocupación, la familia puede adoptar dos posturas básicas, con todos los matices posibles:

a) Reacomodamiento del grupo. Con la solidaridad intensificada entre los miembros, la profundización de los lazos afectivos que promueven la readaptación creativa a la nueva situación, con la movilidad en el ejercicio de los roles y las tareas dentro del seno familiar. En algunos casos, se produce una ampliación en los vínculos sociales de pertenencia que lleva al ingreso a asociaciones de ayuda mutua, proyectos comunitarios, etc.. El acercamiento y la solidaridad predomina sobre los vínculos de hostilidad. Esto facilita las posibilidades de solución tanto a nivel individual como comunitario. La persona desocupada y su familia no quedan aislados de su entorno.

b) Cronificación del desajuste y deterioro. Aquí se produce o aumenta la dispersión de la familia, la resignación paralizante, el desapego, la irresponsabilidad y diversas formas de violencia. La situación de frustración puede alejar al sujeto de la realidad y provocar diferente tipo de anomalías psicológicas y orgánicas. La sensación de "no se puede hacer nada", "todo está perdido" o "no hay salida" puede hacer que la agresión salga del círculo familiar y se traslade a lo social.

Los hijos menores y adolescentes no ven a sus padres más como una figura que provee seguridad y contención y pueden identificarse con ese padre, aislarse y deprimirse, presentando dificultades sociales y escolares. En otros casos, los hijos consideran que la actitud laboriosa de sus padres los llevó al fracaso y deslumbrados por una actitud consumista buscan caminos más fáciles orientándose hacia conducta de acción: delincuencia, drogadicción, tendencia a respuestas violentas.

Quienes han estudiado las consecuencias de la desocupación sobre los hijos, considerándolos en su escolaridad, dan cuenta de problemáticas como deserción escolar, ausentismo prolongado por migración de la familia o parte de ella, dificultades para acatar normas y diferentes tipos de problemas de aprendizaje.

En los colegios de las zonas más sacudidas por la desocupación, se observa un aumento de niños accidentados siendo la situación de cambio e inseguridad, que

la desocupación de los padres genera, facilitador de accidentes, verdaderos actos fallidos, en el sentido psicoanalítico, y lenguajes que transmiten información simbólica. Cuando alguien no puede instrumentar determinados mecanismos en su mundo interno y sus relaciones interpersonales, expresará esta situación simbólicamente con el cuerpo y el espacio externo. Así estos accidentes pueden llevar a la muerte.

La escuela como institución de pertenencia es la depositaria de las ansiedades, no sólo de los niños sino también de sus padres. En los recreos, especialmente, observan los docentes de los colegios estudiados, se nota a los niños exaltados, como si estuvieran en alerta permanente. Ante pequeños conflictos, propios de las situaciones diarias, suelen reaccionar de un modo desmedido para la situación, con fuerte dosis de agresividad.

Principios generales para la atención de personas desocupadas

La descripción hecha apuntó hacia un análisis sintético del contexto donde la desocupación se inserta y las problemáticas más comunes que suelen aparecer en las personas y las familias que viven esta situación. Sin embargo, cada desocupado presenta una problemática original y propia que necesitará de una respuesta particular. Esto es algo muy importante que deberá ser tenido en cuenta a la hora de los servicios y entrevistas personalizadas privilegiando, dentro del conjunto de las problemáticas del desocupado, aquéllas que demandan mayor urgencia.⁹

Tres principios de acción pastoral pueden ser orientadores particularmente en el servicio a personas que están en la situación descripta:

1.- Ayudar a salir de la marginación. Esto es ayudar a que el desocupado pueda integrarse adecuadamente a su sistema familiar, vincular e institucional (la iglesia, por ejemplo). Integración a todo nivel. La integración personal para ello es fundamental. Esta tarea debe ser la primera porque va en contraposición con lo que hace el sistema: dividir nuestro pensar, sentir y hacer, dividir la familia, alentar el individualismo que impulsa la competencia, el egoísmo, la pérdida de la solidaridad y el aislamiento.

⁹El estudio de la atención personalizada en situaciones de crisis excede el marco de este artículo. Sobre el tema pueden consultarse Howard Clinebell: «Cuidado y asesoramiento pastoral», especialmente los cap. 7 y 8., de libros Desafío; Howard Stone: «Asesoramiento en situaciones de crisis» de Editorial La Aurora; David Switzer: «The Minister as Crisis Counselor», de Abingdon Press y del Mismo autor «Crisis Intervention and Problem Solving» en «Clinical Handbook of Pastoral Counseling». Volume 1. Paulist Press.

La desocupación es un camino hacia la marginación. Por eso, la pastoral debe ayudar a revalorizar las experiencias que impliquen el estar juntos. Esto supone el acompañamiento a la familia del desocupado. En la medida que los demás, la comunidad de fe, en este caso, se hace cargo, la vivencia de lo compartido permite convertir la desocupación en un valor. Es necesario, entonces de alguna manera, transformar la desocupación en algo compartido. Frente a un modelo que estimula la separación de unos con otros, es necesario estar unidos para separar a los que separan. Para ello es fundamental que no aparezca, transformado en acción, en los miembros de la iglesia, ese sentimiento o actitud que podría sintetizarse en la frase "como yo no soy a mí no me toca".

2.- Ayudar a la persona a participar de valores. Se trata que la situación que debilita se convierta en la propia fuerza. La desocupación debe ser nuestra fuerza. El escándalo que supone una persona caída en esta problemática, a consecuencia de una sociedad caníbal, debe motivar a la lucha personal y comunitaria. El dolor debe ser un espacio que movilice hacia la transformación. Lo que era nuestra miseria, convertirlo en nuestra grandeza. Frente a los que intentan debilitar para manipular, la autoestima y la defensa de valores para una vida plena debe ser un elemento motivador para enfrentar la situación.

Ante el ser humano convertido en un número por las circunstancias sociales, es necesario remarcar el valor de ser una criatura de Dios, una obra maestra suya, un objeto de su gracia y amor. Esto no depende simplemente de que la persona trabaje o esté desocupada, la vida tiene un valor en sí misma y el amor de Dios está siempre en acción.

No se trata de hacer una apología de la desocupación, de lo que se trata es defender y actuar hacia todo lo que apunte a la vida plena. Jesús decía: "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (S. Juan 10:10). Esto debe llevar a revalorizar las redes sociales, la contención familiar sana, estimulando así un proceso en sentido inverso del miedo que paraliza. Participar de valores implica también ver lo positivo aun en lo negativo y haciendo esto entre todos. Es necesario ayudar a que la angustia se convierta en creatividad.

Por eso es fundamental tener como valor esencial el valor de la propia vida. Comprender que éste no depende del tener o no trabajo. Aprender a cuidarse cuando la integridad psicológica y espiritual están en peligro y seguir aprovechando las oportunidades que se dan para el crecimiento personal aun en estas circunstancias.

3.- Ayudar a encontrar nuevos proyectos de vida más allá del rol impuesto socialmente (desocupado). El padre no es sólo para sostener económicamente a la familia. Entre todos se puede encontrar una respuesta familiar. Es necesario en todos los ámbitos de la persona encontrar respuestas que no estén dadas por el sistema social sino que surjan de nuevas convicciones, de nuevos proyectos, del diálogo familiar y comunitario. Descubrir nuevas facetas de sí mismo será importante para enfrentar la crisis que puede destruir, pero también ofrecer la oportunidad para nuevos hallazgos respecto a sí mismo y al medio que rodea.

Algo más sobre la acción pastoral de la iglesia

Cualquier estrategia frente la desocupación debería comenzar con una reflexión comunitaria que tome en serio el problema, la realidad de la iglesia y los posibles caminos para la acción. Preguntas como ¿Cuál es el lugar de nuestra comunidad frente a la desocupación? ¿De qué aspectos de la desocupación se puede ocupar la comunidad de fe? ¿Existe alguna posibilidad que la iglesia, a través de su acción, pueda servir para producir una transformación que permita pasar de la desocupación a la ocupación? ¿Qué clase de ocupación puede generar el diálogo pastoral o la acción de la iglesia?

Hay un principio médico que dice más o menos así: "Curar pocas veces, aliviar lo más que se pueda, consolar siempre". Me parece que este principio es válido para la acción pastoral de la iglesia: ni un optimismo ingenuo que subestime las estructuras y los poderes de la sociedad que generan la desocupación, pero tampoco un pesimismo que nos haga descreer del poder del amor de una comunidad que cuida con vocación sanadora como la de su Señor. La esperanza cristiana es esperanza en nosotros mismos, en los otros y en Dios y esta esperanza, realista, pero esperanza al fin, nos debe llevar a la certidumbre, como la del principio médico, que siempre es posible hacer algo, a veces mucho, por los demás en las circunstancias que estamos describiendo.

La desocupación no es, como se afirmaba al principio, sólo un problema económico o social, es un estigma que puede destruir la vida de la gente, de las familias y de la sociedad. Es un síntoma de una sociedad que genera pobreza y exclusión, injusticia y sufrimiento, negando el acceso a mucha gente a elementos fundamentales para la vida como la educación, la salud, la vivienda, el trabajo.

Por eso, la iglesia está llamada a una tarea profética de denuncia no sólo de los síntomas sino también de las razones que originan tales males. Los síntomas sociales y personales que genera la desocupación van en sentido contrario al pro-

yecto de Dios para la vida humana, por lo tanto la proclama del cambio de actitud de los poderosos debe hacerse presente en la prédica de la iglesia, estimulando la participación de sus miembros y de mujeres y hombres honestos y competentes a comprometerse en la lucha por la acción política y el bien común.

Es necesario una nueva actitud hacia los desocupados. John Stott comenta que "quienes han sido formados según los valores de la llamada 'ética protestante del trabajo' (diligencia, honestidad, inventiva, ahorro, etc.) tienden a despreciar a quienes resultan perdedores en la lucha por sobrevivir, como si ellos tuvieran la culpa".¹⁰

Hoy la mayoría de las personas desocupadas desean trabajar, pero no pueden. Y éstas necesitan prioridad en cuanto a la compasión y el cuidado pastoral. La idea de algunos de que el desocupado, por serlo, es un inservible o un vago debe ser desterrada. No es extraño que una persona que ha sido despedida deje de congregarse para que no le pregunten acerca de su situación. Las palabras del Apóstol Pablo en el sentido que "El que no quiera trabajar, que tampoco coma" (2º Tesalonicenses 3:10) se refiere a los que voluntariamente no quieren trabajar y no a los que en esta época son declarados prescindibles. Por supuesto, siempre habrá personas que no trabajan por su propia conflictiva personal. Pero éste es otro problema.

Las iglesias pueden ser espacios creativos de opciones para desocupados. Respecto a estos, Ricardo Malfé se expresa de esta manera: "La manera en que se puede contrarrestar en algo, esta siniestra actualidad, es generando espacios de palabra y de reflexión. Las organizaciones que tienen la posibilidad de hacerlo pueden abrir espacios para que se reúnan las personas que están pasando por situaciones como éstas, para que puedan discutir en grupo y reflexionar conjuntamente sobre lo que les está pasando, cuáles son las causas por las que están padeciendo, que saquen el problema del contexto estrictamente personal y privado y lo puedan ubicar en el contexto sociocultural en que el drama tiene lugar. La idea es que en los grupos es donde mejor se puede constituir un espacio de reflexión. Recomendaría que los grupos sean homogéneos, es decir gente que está pasando por la misma situación. Este recurso es muy de este siglo, una de las cosas buenas que se han producido. Se ha redescubierto el valor de los grupos. Generalmente las personas que más padecen, abren camino a los demás. Pensemos, por ejemplo, en la experiencia que significó 'Alcohólicos Anónimos', un movimiento que hoy es tan importante entre los alcohólicos. No hay mejor ayuda que la que puede construirse en

¹⁰ John Stott: "La Fe cristiana frente a los desafíos contemporáneos". Nueva Creación.

el conjunto de los que padecen de los mismos males. Yo pienso, sin embargo, que algunos grupos de autoayuda pueden constituirse como una especie de isla narcisista...se constituyen como un baluarte y transforman ese rasgo, esa característica que los reúne, en algo central a lo que se le da una importancia demasiado totalizadora. Entonces hay gente que siente que si no está en el grupo no va a poder arreglárselas, como si la multiplicidad de lo humano quedase reducida a un solo aspecto (ser alcohólico, tener tendencia a ser gordo, haber consumido drogas). Se absolutiza un rasgo...un problema...un padecimiento...Estos espacios grupales me parecen importantes como una contribución de organizaciones como las iglesias, si la infraestructura lo permite, para poder reunir a personas que están desempleadas y que están en busca de una nueva situación laboral...Estos grupos de autoayuda funcionan mejor cuando puede participar alguien que coordine la reunión, es decir que el grupo homogéneo lleve adelante su propia reflexión, pero se vea auxiliado por alguien que a veces, ponga alguna palabra apropiada. Los coordinadores pueden ser psicólogos, trabajadores sociales, pastores o personas de la iglesia que colaboren en la coordinación de ese grupo. Que no se postulen como los que van a timonear la reunión, pero sí, que estén presentes para traer alguna palabra positiva y, a veces, para movilizar al grupo homogéneo, que puede caer en ciertos 'regodeos' en la queja, que no sirve. Hay un momento en que hace falta sacar la bronca y la impotencia que uno tiene, lo que llamamos la catarsis, pero después es necesario que el grupo pase a otra etapa más vinculado a expresar algo del orden del proyecto, que puede ser alguna vez algún proyecto colectivo. Hay emprendimientos originales en situaciones como éstas...se pudieron armar microemprendimientos interesantes con la gente que estaba sin trabajo y a un nivel apenas de subsistencia".¹¹

Pero también la iglesia necesita realizar, en relación con la desocupación, una tarea preventiva. La desocupación es un instituido social, en el cual todos nos vamos incluyendo aunque luchemos por instituir algo diferente a esa situación laboral agobiante de riesgo. A pesar de que los que tenemos trabajo insistimos en tranquilizarnos separándonos de modo concreto y simbólico de los que están marginados, no debemos negar que en las actuales condiciones todos somos vulnerables y estamos expuestos social y psicológicamente.

Uno de los aspectos de la clínica pastoral es la prevención. Es correcto hablar de la prevención de la desocupación. Pero para llevarla a cabo no basta pensar en que estamos en riesgo, que somos vulnerables, sino que es parte de la

¹⁰Hugo N. Santos: Op. Cit.

prevención el desarrollar un pensamiento crítico y solidario sobre el tema. En una situación social que atenta contra nuestra condición de personas dignas, paradójicamente, el servicio a otros es parte de la prevención.

Más aún, reconocer esta condición potencial de ser marginados del mercado laboral, favorece el pensamiento en red, actitud superadora del individualismo que perjudica no sólo a la sociedad sino también a las personas. La iglesia debe ser coherente en acciones concretas con el mensaje que predica.

La educación cristiana, la liturgia, la predicación y distintas formas de servicio pueden ayudar a alejar a la gente de contactos sociales mercantilizados, a rescatar la dimensión solidaria y la conciencia de la propia fragilidad.

La reacción de las comunidades cristianas frente a semejante epidemia social todavía es escasa. Por eso es necesario tomar conciencia de la necesidad de la planificación de un ministerio integral a los desocupados. Una iglesia a nivel local, regional o general; un grupo de comunidades cristianas en una misma ciudad que quieran canalizar su vocación ecuménica en esta forma de servicio o simplemente un grupo de personas sensibilizadas por la problemática, podrán marcar rumbos no sólo en la ayuda individual sino en la conciencia colectiva de la comunidad.

Fecha de recepción: 29.6.01 Fecha de aceptación: 12.7.01

Resumen: El artículo analiza la situación de la desocupación y sus aproximaciones pastorales y psicológicas. Coloca el problema en el contexto mayor de la sociedad y de la iglesia, instando a buscar liturgias, reflexión bíblica y atención pastoral que ayuden a enfrentar este grave fenómeno de nuestro tiempo.

Abstract: The article analyzes the situation of unemployment and the pastoral and psychological dimensions of response to it. It places the problem in the wider context of church and society, encouraging the search for liturgies, biblical reflection and pastoral counseling able to respond to this grave phenomenon of our times.

Hugo Santos es Licenciado en Psicología en la Universidad del Salvador. Profesor Titular en los Departamentos de Correlación y Teología Práctica del ISEDET. Actualmente se desempeña como Secretario General de la Asociación de Seminarios e Instituciones Teológicas del Cono Sur. Es miembro de la Iglesia Evangélica Metodista.